

# **EL JOVEN ROMÁN**

Cercanías de Olot, norte de Cataluña, año 1.256

Llegaron a medianoche. Los cascos de los caballos resonaron en el patio de la masía y, a continuación, tres fuertes golpes hicieron temblar la puerta de la casa. Bernard llevaba muchos años durmiendo tranquilo y pensaba que todo estaba ya olvidado, que nadie podría encontrarle. Su mujer, Mar, intentó cogerle de la mano, pero Bernard se levantó y caminó precipitadamente hacia la puerta. Dos nuevos golpes volvieron a quebrar el silencio de la noche. Al abrir la puerta, Bernard se encontró frente a él a tres hombres de mirada tosca y severa. Sus rostros, plagados de cicatrices, y su corpulencia hablaban sin duda de las numerosas luchas y batallas que habían librado a lo largo de sus vidas.

–¿Eres tú Bernard Dalmau, conocido como “el francés”? –preguntó el más corpulento de los tres hombres.

–Sí, yo soy –respondió Bernard.

–Coge algo de ropa y vente con nosotros.

Bernard regresó a su habitación. Mar estaba llorando; no decía nada. Simplemente miraba a Bernard mientras éste abría desordenadamente varios cajones y llenaba con torpeza un pequeño zurrón de piel. Los dos habían hablado muchos años atrás de que esto podía suceder. Bernard se acercó a Mar, la abrazó durante un largo instante y después se miraron profundamente a los ojos.

–Te amo –dijo ella.

–Te amo –respondió Bernard–. Cuida de los niños. Cuídate tú. Y ten confianza, todo irá bien.

Bernard fue a la cuadra, ensilló su caballo y montó en él. Aquellos hombres desconocidos, soldados a sueldo o mercenarios, sin duda, aguardaban ya montados sobre sus rocines en el patio. Y sin dar tiempo a mucho más, se alejó de la masía junto a sus tres ‘guardianes’, dejándola envuelta en un extraño y desconocido silencio.

Los cuatro jinetes avanzaban al trote en la oscuridad de la noche. Bernard no sabía a dónde le llevaban; prefería no preguntar. Había decidido hablar lo menos posible, con la esperanza de que nadie pudiese pensar que su actual vida o sus creencias podían ser un peligro para nadie. Mientras tanto pensaba en Mar y en los niños, y recordaba aquello que lo había traído hasta aquellas tierras del norte de Cataluña hacía algo más de diez años...

Bernard provenía de la ciudad de Pamiers, al sur de Francia. Allí había vivido su adolescencia y su niñez. Allí había sido educado en la fe cátara; la fe de los llamados ‘hombres buenos’, los ‘perfectus’. Los cátaros creían en las enseñanzas de Cristo, eran pacíficos, buscaban la pureza del espíritu y rechazaban la acumulación de riquezas. Trataban como iguales a las mujeres y practicaban el ‘consolamentum’, o imposición de manos, para impartir sacramentos como el bautismo o la extremaunción.

La Iglesia Católica, temerosa de perder su hegemonía, había emprendido décadas atrás una cruzada contra los cátaros. Un gran número de ciudades de la región del Languedoc francés fueron testigo de sitios, apresamientos y ejecuciones en masa.

Bernard había huido dos veces de su destino y eso durante muchos años le hizo sentirse culpable. Todos sus amigos habían muerto, torturados y después quemados en multitudinarias hogueras. Bernard recordó la noche en que se despidió de Lucien, su mejor amigo, cuando todos sabían que a la mañana siguiente todo terminaría y que los soldados irían casa por casa apresando a quienes confesasen su fe. Sin embargo, aquella mañana nadie llamó a su puerta. Bernard salió a la calle y siguió los murmullos de la gente que lo guiaron hasta las afueras de la ciudad. Allí contempló de lejos el improvisado recinto donde se agolpaban maltrechos todos los “perfectus” y vio como los soldados estaban trasportando madera para preparar la pira donde serían quemados. Bernard no pudo mantener la mirada, dio la vuelta y regresó a su casa. En ella cogió algunas de sus pertenencias y huyó de la ciudad. Viajó hacia el este y recaló en la ciudad de Mirepoix. Allí intentó rehacer su vida, y fue allí fue donde descubrió que sus manos eran capaces de curar y que sus criterios y opiniones eran especialmente valorados por gente rica, o humilde, que a menudo buscaban su ayuda y depositaban en él toda su fe. En poco tiempo esto

hizo que los rumores sobre su procedencia y creencias comenzasen a circular. Un influyente hombre de Mirepoix, a cuyo hijo había curado Bernard de unas fiebres que parecían iban a acabar con su vida, le avisó de que le iban a apresar. Bernard huyó de nuevo, y esta vez quiso hacerlo lo suficientemente lejos como para que nadie pudiese perseguirlo por las cosas en que creía o por su forma de vida. Así llegó hasta el norte de Cataluña, y el camino de la vida lo llevó hasta la masía de Mar. Ella acababa de enviudar y tenía dos niños pequeños, de cuatro y dos años. Bernard pidió un poco de agua y viendo la apurada situación de la mujer se ofreció para ayudarla en los trabajos de la masía. En apenas un año ambos descubrieron que se amaban y que, sin saberlo, siempre habían formado parte de una misma historia. No se hicieron preguntas, no buscaron razones para amarse; si lo hubiesen hecho, seguramente todas ellas habrían terminado por carecer de sentido.

Al amanecer el grupo de jinetes se detuvo junto a un arroyo para que abrevasen los caballos.

–Hablas poco, ‘francés’ –dijo el único de los captores que hasta ese momento había dirigido la palabra a Bernard–. Nosotros conocemos tu nombre, así que creo que es justo que tú también conozcas los nuestros. Mis compañeros se llaman Martín y Hernán, y por desgracia para mí hablan tan poco como tú, pero es que ellos tienen sobrados motivos: no tienen lengua, ¡ja, ja! –exclamó el soldado soltando una enorme risotada–. Yo me llamo Jufre. La verdad es que no sé muy bien lo que piensa nuestro señor obtener de ti. Sencillamente tenemos órdenes de llevarte ante su presencia.

Bernard parecía un poco aturdido y confuso en su expresión.

–Nuestro señor desea verte; necesita de tus servicios –insistió Jufre.

–¿Vuestro señor? –preguntó Bernard.

–Sí, Albert de Feijó, conde de Ripoll.

Bernard comprendió entonces que los soldados no le llevaban a Francia y esto le hizo serenarse un tanto. Aún así, conocía de sobra los caprichos de los señores feudales y sabía de su poder casi absoluto y, en muchas ocasiones, tirano sobre las tierras que poseían. Así que optó por seguir mostrando una actitud de cautela hasta conocer cuál era el motivo por el que el conde había reclamado su presencia.

A primeras horas de la tarde llegaron al castillo donde, al parecer, habitaba el conde de Ripoll. Asentada en una zona llana y despejada de vegetación, la fortificación se veía imponente ya desde muy lejos, al estar alejada del resto del núcleo urbano de la ciudad de Ripoll. Un alto torreón pegado a su muro sur destacaba sobre el resto de la zona amurallada, y una enorme puerta y un puente levadizo protegían el acceso hacia el que los cuatro jinetes se dirigían.

Conforme se iban acercando el puente levadizo descendió y el portón de entrada fue abriéndose. Así, sin más protocolo, el grupo accedió al interior de la fortaleza. El patio interior del castillo era espacioso, custodiado únicamente por dos sirvientes, que eran los que se habían encargado de abrir el portón. Jufre dio instrucciones con un gesto seco a sus dos compañeros para que se encargasen de los caballos y acompañó a Bernard hasta una de las estancias interiores.

—Aquí te dejo, “francés” —dijo Jufre mientras se retiraba—. Mi señor enseguida estará contigo.

Bernard no tuvo que esperar mucho, y cuando todavía estaba tratando de situarse en este nuevo escenario, y mucho antes de que su mente pudiese volver a divagar sobre el posible motivo de su presencia en ese lugar, fue sorprendido por una recia voz a sus espaldas.

—Espero que mis hombres hayan sido amables con vos —dijo el hombre que acababa de entrar, al tiempo que avanzaba hacia Bernard—. Son un tanto rudos y, a veces, algo salvajes, pero me son fieles y esto es un privilegio impagable hoy en día. Siento que no hayan podido darle demasiada información sobre el motivo de haberle traído hasta aquí, pero he preferido ser discreto; por mí y por vos. Soy Albert de Feijó, conde de Ripoll y confío en que vos seáis Bernard Dalmau.